"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento
CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

NÚMERO

28

Agosto 1995

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

¿Existe una cultura costarricense? (*) Alberto Cañas



El 13 de febrero de 1992 el Programa Cultura, Arte, Identidad (Procai), dio inicio a su primer ciclo de conferencias y mesas redondas sobre la cultura costarricense. En esa oportunidad fue invitado Alberto Cañas a ocuparse del tema de la cultura costarricense.

Más adelante, durante todo el año 1993 desfilaron mas de 15 invitados que disertaron sobre la literatura, las artes plásticas, la danza, la música y la arquitectura costarricenses. El Suplemento Cultural se complace en iniciar con esta entrega la transcripción de dichas intervenciones.

En realidad este tema de si existe una cultura costarricense o algo que merezca ese nombre, me viene preocupando hace algunos años como tema de reflexión, de dudas, a ratos de afirmaciones. Cuando hablo de una cultura costarricense por supuesto no estoy hablando de una literatura o un arte o una ciencia costarricense, sino de un atributo de la nacionalidad; quiero decir que cuando me pregunto si existe una cultura costarricense, lo que me pregunto es si Costa Rica, en su desarrollo vital de 170 años, ha configurado algo propio que pueda aspirar a llamarse cultura costarricense. Siempre estamos hablando de nuestro sistema político, y hablamos de él como una consecuencia de un sistema social y económico heredado de una colonia pobre, una colonia de colonos y no de conquistadores, pero esa colonia pobre sin latifundios y sin esclavos que heredamos en 1821 no se convierte automáticamente en la Costa Rica que hemos vivido; creo que tiene que haber intervenido la mano del hombre para que aquello se perdiera -si es que se perdió- o no se perdiera si es que no se perdió. Nuestra Costa Rica es una consecuencia, pero no inevitable, de la situación que heredamos.

Cayó en mis manos hace alrededor de 20 años un libro excelente que es la historia de la literatura latinoamericana del argentino Anderson Imbert el cual dice, refiriéndose a Costa Rica, que ésta nació pobre y llego a la literatura tarde. Y me pongo a pensar que, efectivamente, nuestra literatura tiene fe de bautismo en 1896, y que antes de la publicación del libro Hojarasca de don Ricardo Fernández Guardia, en Costa Rica no se había producido

literatura. Pienso en el libro anterior,en La lira costarricense, producto anecdótico de una situación: se publicó en España en 1887 una antología de literatura iberoamericana en la cual no aparecía ningún costarricense, entonces los costarricenses de 1887 se enojaron y entonces don Máximo Fernández, que además de político era un aficionado a las letras le dijo al gobierno de don Bernardo Soto, o a don Mauro Fernández, Ministro de Educación: "Yo voy a hacer una antología de la poesía costarricense para que el mundo vea que en Costa Rica hay poesía"; el libro terminó publicándose como dos años después -porque las imprentas de aquel tiempo eran lentas- y hace un año la Universidad de Costa Rica ha hecho la segunda edición; pero quien coja La lira costarricense y la lea se da cuenta que los españoles tenían razón, que no había poesía; había unos cuantos señores muy apreciables que versificaban, entre los cuales destacaba una promesa, un muchachillo joven que podía llegar lejos, que se llamaba Aquileo Echeverría, pero los demás no hay por dónde cogerlos, como dirían nuestras abuelas. Se confirma la idea que la literatura costarricense nació en 1896; de allí en adelante sí, ya publica don Ricardo Fernández su libro, detrás viene Magón, viene Aquileo, vino Joaquín García Monge, en fin, todo lo que conocemos.

¿Y qué sucedió entre 1821 y 1896? ¿qué hicieron los costarricenses? ¿a qué se dedicaron? Bueno, se dedicaron a muchas cosas. Se dedicaron a expulsar a los filibusteros de Centroamérica y se dedicaron a construir una República. En lo que era en 1824 un barrial sin aceras ni vidrios en las ventanas, sin herramientas de metal sólo de madera, cincuenta años después construyen lo que un viajero alemán llama "la más linda capital de Centroamérica". ¿Cómo lo hicieron? Bueno, no sé cómo lo hicieron pero lo hicieron: convirtieron el barrial en una ciudad y de pronto, tras un período de golpes militares y revoluciones y problemas políticos cotidianos, y después de una dictadura de 12 años, el General Guardia muere y le da a Costa Rica una Constitución liberal (que aunque nos empeñemos en negarlo es la misma que tenemos, que ha servido) y un país con unos poderes funcionando; un país que abolió la pena de muerte, y donde hay Poder Ejecutivo y Poder Legislativo, que a veces se interfieren, o el Ejecutivo le resta poder al Legislativo, pero hay también un Poder Judicial independiente y que bien ahí van caminando. Y a 8 años de la muerte de Guardia el gobierno llama a elecciones, las pierde, lo admite y le entrega el poder a la oposición. Pocos meses después ordena construir un Teatro Nacional, y unos años después se produce un primer libro de literatura. Es decir, como que en 1890 hubieran dicho: "Bueno señores, ahora sí tenemos una República, empecemos a escribir literatura porque hasta el momento no hemos tenido tiempo de hacerlo". Y comenzaron.

Y me pongo a pensar: esa República que ya teníamos en 1890, que funcionó, ¿es o no es un producto cultural del país? El producto cultural de los primeros 70 años de vida independiente es político. Pero viene acompañado de otro pequeño producto cultural que es la ley que promulga don Jesús Jiménez decretando que la enseñanza primaria sea gratuita y obligatoria. Leyes como esa se dieron en todos los países, pero a mí me contaba mi madre que, todavía en el 900, todas las mañanas en todos los pueblos la policía salía a tocar las puertas de las casas, y donde en una casa había un niño en edad escolar que estaba en la casa, le ponían una multa de 2 pesos al papá. Es decir que el decreto que la enseñanza primaria fuera obligatoria, nuestros bisabuelos o tatarabuelos lo tomaron en serio; creo que más en serio que en ningún otro país de América. Entonces volvemos al cuento que lo que en 1821 era un barrial ya en 1921, 100 años después, era uno de los países con más bajo índice de analfabetismo de todo el continente, simplemente porque habíamos tomado en serio la ley de don Jesús Jiménez. Y ese índice de alfabetismo era también un producto cultural en el sentido que fue obra del hombre, que fue producto del empeño de los constructores del país: tomaron un barrial, construyeron sobre él una República y educaron.

Visto esto y urgando en los gringos que han escrito sobre nuestro pasado se da uno cuenta que esa República que construyeron los tatarabuelos fue una República sui géneris. Tal vez allá, en el fondo del Cono Sur, los uruguayos habían hecho algo parecido, pero construyeron sobre bases diferentes. También les aprovechó a los uruguayos lo que nos aprovechó a nosotros: ser la provincia más alejada del centro de autoridad imperial; la Banda Oriental era lo más lejano que podía haber de los establecimientos coloniales en el Río de la Plata. Y nosotros éramos el último reducto, el más lejano, de la Capitanía General y de la Audiencia de Guatemala. No hay en Costa Rica un sólo vestigio del gobierno colonial, un edificio, por ejemplo, donde haya gobernado un gobernador o una autoridad, o un cuartel. Fíjense que lo que nos queda de la colonia es la majestuosa iglesia de Heredia, otra en Nicoya y la ermita de Orosi: nada que recuerde el poder político de los españoles; y no es que los hayan tumbado los terremotos, es que nunca existieron. No se si fue don Tomás de Acosta, el que le envió una carta pidiéndole disculpas al Rey, diciéndole que se había enterado que a la Corte había llegado una queja contra él acusándolo de hereje porque sus hijos no iban a misa todos los domingos; y contesta: "No van todos todos los domingos porque no tengo ropa para todos, y se turnan la ropa buena para que cada domingo vayan a misa dos de ellos". Eran los hijos del Gobernador.



Lo que sobre esa base se construyó en el siglo XIX todavía nos asombra. Porque si a nosotros los de hoy nos encargan una tarea semejante, estoy seguro que no la podríamos cumplir; de paso, con guerra contra los filibusteros, por si le faltaba algún otro obstáculo.

Surge, pues, una República sui géneris, con instituciones sui géneris, y hemos seguido siendo un país con instituciones sui géneris. Lo que mejor nos funciona no es lo que copiamos sino lo que inventamos. Y de pronto inventamos un sistema electoral con cuarto poder y tribunal independiente y padrón fotográfico. Creación nuestra. En ningún país del mundo -porque los demás países no son tan locos como nosotros- se concibe que, cuando un ciudadano vaya a votar, los que reciben el voto tengan su fotografía. Eso sólo aquí. Es decir: son instituciones que nosotros hemos inventado y creado a nuestra manera, sin copiarlas de ninguna parte; que luego vengan otros y las copien si a bien lo tienen.

Inventamos eso como hemos inventado muchas otras cosas. Como inventamos que la policía se encargara de vigilar que los niños fueran a la escuela; eso lo inventaron aquí. Es parte de nuestro ser natural. Y aquí inventamos el ICE, eso de que haya una institución del Estado encargada de construir plantas eléctricas. Algo había en Estados Unidos pero no tan claro como lo que hicieron aquí. No se copió de ninguna parte, lo inventaron aquí. Y un día de estos un amigo economista me decía que cuando en Costa Rica nacionalizaron la banca ningún país lo había hecho, por lo menos no en la forma en que Costa Rica lo hizo, y además me decía: "Fíjese que Costa Rica es el único país que ha inventado un sistema o una teoría de organización laboral diferente a las tradicionales, que llaman el solidarismo, que puede ser buena o mala -me decía mi amigo- no lo discuto, pero es autóctona. La inventaron aquí". Es decir, es parte de un espíritu creativo que en materia institucional no cesa de experimentar; no paramos de estar viendo a ver -como decían los viejos- para que esto mejore. Nunca mandamos gente a que estudie lo que se hace en otros países sino que nos atenemos al producto criollo, y con el producto criollo hemos ido construyendo esta cosa tan rara que tenemos.

Señalo esto de las instituciones políticas y señalo lo de la educación. Eso que se les ocurrió que la policía era la encargada de hacer que la educación fuera obligatoria, y la multa era de 2 pesos. Altísima en aquel tiempo. Recuerden que dos pesos era un dólar, es decir como si la multa ahora fuera de 138 colones por no mandar el chiquito a la escuela. Entiendo que la política de emplear la policía para eso llegó hasta el final de la administración de don Ascensión Esquivel, que fue luego la nueva República Liberal de don Cleto y don Ricardo la que suspendió la medida, o tal vez consideró que ya no era necesaria, que ya la gente se había acostumbrado a que lo niños estudiaran.

Entonces, qué nos puede extrañar de una sociedad que tuvo semejantes iniciativas, y que ha tenido semejante espíritu creador, por qué nos va a extrañar que haya producido una cultura -hablando ya en el sentido más restringido de la cultura-, es decir una literatura y un arte, destinados al consumo interno. Me explico: nosotros tenemos, hace más de 80 años, a Aquileo Echeverría como nuestro poeta nacional; figura venerada cuyos versos repite el pueblo. Sin embargo, si nosotros pasamos de Paso Canoas o de Peñas Blancas no saben quién es Aquileo. Aquileo es un producto literario de consumo interno, y las ediciones de Aquileo se suceden y se agotan, y los trabajos sobre Aquileo, y las tesis de graduación sobre Aquileo. El costarricense sigue interesado en ese poeta que no traspasa las fronteras. Lo mismo podemos decir de la otra obra maestra de nuestra literatura de comienzos de siglo: los Cuentos de mi tía Panchita. No hay niño costarricense que no los haya oído, que no los haya leído y no los haya repetido, sin embargo la aduana de Peñas Blancas y la aduana de Paso Canoas no les han permitido pasar. Nadie los conoce afuera de Costa Rica. Sin embargo, nunca hay-suficientes Cuentos de mi tía Panchita en las librerías. Otro producto de consumo interno.

Nosotros nos hemos jactado siempre de ser el único país de América que nunca ha tenido poeta residente en París. Es cierto. Los poetas costarricenses se quedan a vivir aquí, no se van. De pronto surge una excepción: "No, es que Yolanda Oreamuno se fue de Costa Rica...", no se fue de Costa Rica, es que al marido le dieron un contrato en Guatemala y se fueron para Guatemala, no se fueron huyendo ni exiliados. Lo que pasó después fue otra cosa. Y después, el otro poeta que tenemos afuera que es Cardona Pena que se fue de Costa Rica a los 11 años, no se fue como poeta se fue como niño porque tenía un pariente allá y se fue a estudiar. Pero nunca hemos tenido poeta residente en París.

Yo me pregunto por qué. ¿Por qué los poetas de los demás países se van y los poetas de Costa Rica no se van? Sólo hay una respuesta posible: que los poetas de Costa Rica tienen aquí una cosa muy importante que se llama lectores. Basta consultar los números de la Editorial Costa Rica y ver como, cuando a los costarricenses les gusta íin libro no terminan de leerlo nunca, y hay que estarlo reeditando y reeditando porque el lector no se agota. Recorra cualquiera de ustedes el país, entre a una casa (ojalá que lo inviten a almorzar) y verá que en esa casa hay una pequeñita biblioteca de libros costarricenses. Entonces allí está Carmen Lyra, está Carlos Luis Fallas, esta Fabián Dobles, allí está Aquileo, Magón, Joaquín Gutiérrez, está don Julián Marchena; están esos escritores a quien el costarricense lee. Entonces ¿que pasa? Todo creador crea para alguien y el escritor costarricense está escribiendo para ese lector, para el lector costarricense y le interesa muy poco el escritor extranjero. Por eso es que en la literatura costarricense rara vez encontramos vanguardismo o modas, o técnicas novedosas porque eso se queda para los públicos extranjeros. Como el lector ideal del escritor costarricense es la maestrita rural, escribe para ella; escribe para la maestra rural y para la tía Panchita y para el lector del pueblo. Es decir, es un perfecto pacto entre el escritor y su pueblo.

Cada vez que alguien dice "No, es que no podemos seguir escribiendo esa literatura tan provinciana" entonces yo le presunto "¿y por que no?" A ver, ¿qué es más honroso o qué es más deshonroso: escribir para la maestrita rural o escribir para el crítico de El Excéisior de México para que nos diga que estamos haciéndolo muy bien. Como le digo yo a los pintores nuevos que exportan y venden en Washington y los elogian los críticos de Nueva York: "¿qué es más honroso o más deshonroso para un pintor: pintar para el compatriota suyo que le va a comprar el cuadrito y lo va a colgar en la sala, o conseguir elogios de Marta Traba -que en paz descanse-, o del curador de la galería tal de Washington?" Tan honroso y tan deshonroso es una cosa como la otra. Y vean ustedes como lo que nosotros tenemos como pintura ya consagrada, ya clásica, esa que arranca con Quirós y Amighetti, y Luisa González y Manuel de la Cruz, comenzó con los paisajes, luego metió al ser humano en el cuadro pero tiene un sentido que la nueva gente la llame "La generación nacionalista". ¿Por qué? porque pintaron sobre Costa Rica, pintaron a Costa Rica. Los paisajes de Fausto Pacheco son inconfundibles, y los de Quirós. Y los campesinos de Manuel de la Cruz González son inconfundibles; y de pronto salen y dicen "pero éstos están pintando paisajes de Escazú y campesinos cuando en Argentina y en Venezuela están haciendo abstracciones, y hay un señor venezolano que se hizo famoso porque colgó un mecate de un cielo raso y al pie del cordel puso una bacinilla y en París lo aclamaron ¿y en Costa Rica van a seguir pintando paisajitos a lo Fausto Pacheco?" Y la respuesta es que mientras a los costarricenses les guste eso por qué no van a pintarle paisajitos al pueblo costarricense. ¿Ustedes recuerdan lo que pasó hace unos 10 años cuando el Ministerio de Cultura en el tiempo de doña Marina Volio organizó una cosa que llamaban el Parque de la Expresión, donde llegaban los pintores jóvenes en la mañana con sus garabatitos y sus acuarelas, y llegaba la gente en masa a

comprarles, las familias obreras, las familias de la clase media a comprar su acuarelita de 200 pesos, o de 500 cuanto más? Porque todos querían tener en su casa un cuadro de pintor costarricense. Y yo me pregunto, el pintor que estaba vendiendo ahí a 500 colones, y que luego vendió más caro ¿qué necesidad tiene de ganar premio en bienales, si está contando con la adhesión de su pueblo, de su gente?

El otro día le decía yo al director del Museo de Arte, don Willy Montero, que llegó aquí un jurado de mexicanos, norteamericanos y sudamericanos a una bienal de arte. Y exactamente como 20 años antes, cuando vino Femando Scyslo y Marta Traba y dijeron "Pero es que así no se pinta en el mundo, están pintando otra cosa, ustedes van a seguir con el paisajito", y le decía yo a don Willy Montero: "y qué habría pasado si en el siglo XVII hubiera llegado un señor a Amsterdam y le hubiera dicho a los holandeses: miren así no están pintando en Italia, que es el centro del mundo". Eso fue lo que nos dijeron a nosotros: "dejen de pintar como costarricenses, pinten -¿cómo qué?- como internacionalistas, como cosmopolitas". Si les hacen caso vamos a perder mucho porque vamos a perder la conciencia de tener una escuela nacional. ¿Que marcha a contrapelo de las otras? que se le va hacer. En Costa Rica no tuvimos cubistas. En todo caso, de los pintores cubistas ya nadie se acuerda; de Picasso porque era un genio pero el movimiento a nadie le interesa. Yo creo que los cuadros de los cubistas de los 20 se deben conseguir a dólar cincuenta en las calles de Nueva York. Modas. Pasó.

Veo todo eso, veo ese arte, veo esa literatura. Veo esa educación, veo esas instituciones, veo ese desarrollo sociopolítico del país y yo lo encuentro armónico. Encuentro que todas las piezas están relacionadas unas con otras y que a la larga sí nos pueden dar un todo: el todo de un sentido nacional, de un trabajar para nosotros mismos, tal vez un poco ensimismados, puede que sí. Yo me pongo a pensar que Magón hizo su costumbrismo cuando hacía 20 años que el costumbrismo había pasado de moda. Don Julián Marchena y Rafael Cardona, que fueron los poetas que trajeron aquí el modernismo, la escuela de Darío, se revelaron como poetas cuando ya Darío estaba agonizando, ya se iba a morir; y aquí el modernismo llegó a la muerte de Darío.

¿Llegamos tarde al festín? Sí, pero la verdad es que a estas alturas a nadie le importa saber si cuando escribió Sófocles ya corrían vientos a favor de Eurípides; cada uno es cada uno y cada uno deja lo que era y lo que es, que quede para los eruditos el saber si alguien se adelantó a su tiempo o se atrasó a su tiempo. ¿Qué perdería la humanidad si nos dijeran, por ejemplo, que cuando escribió Calderón de la Barca ya el teatro no debía ser eso? En los últimos años se ha hecho un gran despliegue en Inglaterra de un pintor francés hasta hace poco desconocido que se llamó Tisseau. Era un académico que no resistió el embate de los impresionistas, a tal extremo que se fue de Francia, y se fue a Inglaterra, en donde siguió pintando de una manera preimpresionista. Por supuesto la moda del impresionismo lo borró entonces.

Pero hoy dicen: "fue un gran pintor, no importa en que año haya pintado". Que en 1870 pintó a la manera de 1840 es problema de los eruditos que se enteran de eso. Llega un momento que a nadie le importa esos problemas de tiempo, que si alguien se atrasó o no. Cuando uno se pone a pensar y le pregunta a cualquiera: ¿cuántos años separan a Cervantes de Tirso de Molina? El profesor de literatura puede dar el dato, pero el hombre común y corriente no lo sabe. Lo mismo con la pintura: la posteridad lo que ve es una gran pintura.

Yo creo que a veces debemos tratar de ser un poco posteridad y tratar de ver nuestras cosas como las van a ver nuestros bisnietos. Las modas pasan, son efímeras y lo único que queda es el contacto del creador con la sociedad en que vive y con su pueblo. Un artista como Paco Amighetti, que logra que su pueblo lo entienda y lo convierta, como lo ha convertido, en patrimonio nacional ¿qué tiene que temer de la posteridad o de los críticos sudamericanos? Seamos en materia de creación tan orgullosos como hemos sido en materia política. Si hicimos una República a nuestra imagen y semejanza, pues también hemos creado un arte y una literatura a nuestra imagen y semejanza; el problema de si esa literatura y ese arte y esa concepción política o esa lucha educativa traspone las fronteras no tiene por qué afligimos a nosotros, no es problema nuestro. En 170 años, los costarricenses hemos demostrado que sobre un barrial se puede construir una República, y cuidado si no también una cultura.

(*) Transcripción de Rafael Cuevas Molina.

